

ANA MARÍA JANER Y LAS PRIMERAS HERMANAS... UNA EXPERIENCIA DE COMUNIÓN

(Texto preparado en base a la Positio Vol I)

ANA MARÍA APRENDE, DURANTE TODA SU VIDA,
A VIVIR LA COMUNIÓN DE LA CARIDAD...

A los 16 años la Sierva de Dios había decidido cual era el destino que quería dar a su vida: consagrarse a Dios en el ejercicio de la caridad en el hospital de Cervera. Comunicó esta decisión a su director espiritual, a sus padres y a las hermanas de la caridad, pero de momento la prudencia aconsejó un tiempo de espera. Un tiempo en el que *creció aún más en ella el deseo de entregar totalmente su vida a Dios según la regla de las hermanas de la caridad de Cervera*, convencida que sirviendo a los enfermos se sirve a Dios, procurándoles auxilio en lo temporal y lo espiritual, viendo en ellos, en definitiva, a la misma persona del Señor y todo por el amor con el que Dios Hombre había dado su sangre por todos.

A los 18 años, la joven Ana María entraba en el hospital de Castelltort de Cervera *para servir a los enfermos según el estilo de vida de la comunidad de hermanas de la caridad* que atendía dicho hospital desde 1805.

El 13 de mayo de 1819, después de cuatro meses de postulante, Ana María *iniciaba el noviciado entre las hermanas de la caridad del hospital cerverino*.

Desde ahora *su nueva familia la constituirían los enfermos y pobres recogidos en ese establecimiento*: servirlos y consolarlos era considerado como uno de los ejercicios cotidianos de devoción, según la regla. Un año duraba este tiempo de formación, después del cual, Ana María Janer emitía los votos de su consagración a Dios en pobreza, castidad, obediencia y particular asistencia y caridad a los enfermos.

Bien pronto *la comunidad le encomendó tareas de responsabilidad*. Durante un periodo de 9 años, sor Ana María Janer *se encargó de la formación de las nuevas aspirantes a hermanas de la caridad*. Es difícil saber cuántas novicias se formaron bajo su guía porque, siendo limitado el número de hermanas del hospital por la junta de administración, algunas de las novicias nutrían otros hospitales como el de Zaragoza o Huesca, y la nueva fundación de Guissona, realizada en 1829. En esta época, la Sierva de Dios debió emitir su profesión perpetua y fue comisionada para dar cuenta de la situación en que se encontraba la comunidad de hermanas del hospital de Valls.

La estima de sus hermanas se confirmaba una vez más al elegirla en 1830 superiora de la comunidad del hospital de Castelltort. De su talante para ejercer este cargo tenemos noticias debido a un episodio ocurrido en 1832 en que la comunidad pide al superior eclesiástico de Solsona la expulsión de la hermana Inés Sauret.

En sus cartas, anteponiendo siempre el respeto a la dignidad de la persona humana, la comunidad con su superiora al frente fundamenta su petición *en la desobediencia de esta hermana a la superiora, en la alteración de las relaciones comunitarias, en la falta de respeto a las hermanas más antiguas y en la realización de tareas poco acordes con la misión fundamental de las hermanas de la caridad*.

Finalmente, el vicario capitular se pronuncia a favor de la permanencia de sor Inés Sauret, a lo que la Sierva de Dios, en nombre de toda la comunidad, responde con su total acatamiento.

En 1833, sor Ana María Janer es reelegida en el cargo y *esta nueva etapa como superiora de la comunidad del hospital estará marcada por los difíciles momentos que vive el país debido a la guerra civil entre liberales y carlistas, por la atención de la comunidad a los enfermos del cólera (1834) y por su expulsión en 1836 del hospital debido a los sucesivos decretos de disolución de las comunidades religiosas emanados por el gobierno español*. Las hermanas de la comunidad de Guissona también serán exclaustradas.

Expulsada del hospital de Cervera, se abrirán nuevos horizontes en su vida: la enseñanza y la asistencia a los heridos de guerra serán ahora las prioridades de sor Ana María Janer.

Durante un año la Sierva de Dios ejerció de maestra en el Real Colegio de Educandas afianzando así la vocación a la educación y enseñanza de las jóvenes que junto con la atención y el cuidado de los enfermos constituirán las características más importantes de su misión. En este periodo debe situarse la muerte de su madre.

Las hermanas exclaustradas de los hospitales de Cervera y de Guissona se aglutinarán entorno a la figura de la Sierva de Dios: algunas para dedicarse a la enseñanza en dichos lugares, otras para reingresar en el hospital de Castelltort.

Un grupo de ellas responderá con prontitud a la llamada de la Sierva de Dios y aceptará la proposición efectuada por el mismo Carlos de Borbón de hacerse cargo de la organización y atención de los hospitales de la zona carlista.

Primero será en Solsona y Berga, posteriormente en el hospital de sangre de La Vall d'Ora, instalado en el mas Pujol y en la masía de la Boixadera dels Bancs. En estos improvisados centros médicos se atendía, como consta en el libro de óbitos, a los heridos de uno y otro bando. En la memoria de la Sierva de Dios, ya octogenaria, será éste uno de los episodios de su vida más recordado y querido, según lo recoge en diversas ocasiones su biógrafa. *Especialmente evocada será la muerte de la joven hermana del hospital de Guissona, sor María Antonia Fages, que a los 27 años de edad moría de agotamiento en el mas Pujol.*

A pesar de haberse establecido la paz con el abrazo de Vergara, algunos carlistas seguían empeñados en una guerra de guerrillas. Así las cosas, sor Ana María Janer está resuelta a volver a Cervera, *pero se ve obligada a exiliarse en Francia junto con las hermanas Paula Montserrat, Teresa Solá y Teresa Morlá.* En octubre de 1840 tenemos constancia de su registro en la lista de refugiados de Foix y si bien su destino definitivo debía ser Cahors, las cuatro hermanas permanecerán en compañía de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl, en el hospital de la Grave de Toulouse hasta 1844. Serían éstos unos años dedicados fundamentalmente a ayudar con sus labores al propio sostenimiento y al de los refugiados españoles residentes en esa archidiócesis francesa.

Es difícil determinar el momento exacto en que la Sierva de Dios pisa de nuevo tierras españolas, pero lo cierto es que en abril de 1844 su padre presenta un memorial a la junta del hospital de Castelltort pidiendo el reingreso de las cuatro hermanas. A finales de junio se produce la comparecencia física de las exiliadas ante la administración y *en agosto sor Ana María Janer consta de nuevo como superiora de la comunidad del hospital, cargo que ocupó durante tres años.*

Entre 1846 y 1849 se produce la segunda guerra carlista. En este contexto cabe situar la acusación vertida sobre la Sierva de Dios de ausentarse del hospital de Cervera para ir a organizar un hospital carlista. El vicario episcopal de Solsona sale en defensa de sor Ana María Janer notificando a la junta del hospital y al jefe político de Lleida que esta hermana le ha ido a visitar para consultarle algunos asuntos.

La Casa de Misericordia o de Caridad de Cervera era un centro asistencial que albergaba principalmente a niños huérfanos o de familias que no podían mantenerlos, a viudas y también a personas ancianas o con alguna discapacidad. En 1848 sus administradores ven la conveniencia de que las mismas hermanas del hospital atiendan el establecimiento y accediendo a ello la junta del hospital hace la propuesta a la comunidad: la Sierva de Dios se ofrece como voluntaria y le asignan por compañera a sor María Teresa Solá.

De manera que, después de conseguidas las aprobaciones oportunas de las dos administraciones, de la comunidad, del ayuntamiento de Cervera y del vicario general de Solsona, el 31 de marzo de 1849 las hermanas Ana María Janer y María Teresa Solá, toman posesión de sus cargos de directora y subdirectora respectivamente, de la casa.

La dedicación a la enseñanza no era una cosa desconocida para sor Ana María Janer. Como hermana del hospital se había ocupado de ello y también durante un año después de su exclaustración. La novedad residía ahora en esa atención asidua a los niños que albergaba la Casa de Misericordia, una atención compartida con las niñas de fuera del establecimiento que también frecuentaban las clases. La Sierva de Dios se ocupó de que este servicio fuera dispensado con la mayor seriedad y cualificación.

Son diversas las tentativas llevadas a cabo por las dos hermanas de la caridad y la administración de la Casa de Caridad para sufragar el mantenimiento de los asilados y conseguir que aprendieran un oficio con el cual pudieran defenderse. La instalación de una fábrica de tejidos en la casa acabará cristalizando. Además, sor Ana María Janer procuró que algunos de los niños aprendieran el oficio de carpintero en casa de sus parientes.

La Sierva de Dios participó activamente en dos fundaciones promovidas por el arcipreste de Cervera, mosén Salvador Busquets: la congregación del Sagrado Corazón de Jesús, creada en 1847, y la asociación de las Hijas de María, en 1857. Sor Ana María Janer se encargó de la parte administrativa de estos dos movimientos hasta 1859.

El 29 de junio de 1859 es considerada como la fecha de fundación del instituto, puesto que ese día debió llegar la Sierva de Dios a la ciudad de La Seu d'Urgell para hacerse cargo de su hospital. Dicha fundación no fue cosa de un momento, *se fue perfilando con el paso del tiempo y con las sucesivas respuestas que sor Ana María Janer y sus hermanas fueron dando a las necesidades de la Iglesia y de la sociedad.*

Apenas pasado un mes de su llegada a La Seu d'Urgell, el 2 de agosto de 1859, la Sierva de Dios presentaba al obispo Caixal la regla por la que deberían regirse las hermanas de la caridad del hospital. El 24 de abril de 1860 monseñor Caixal aprobaba dicha regla y reconocía para su diócesis el instituto fundado por sor Ana María Janer. En el decreto de aprobación, el obispo ordenaba a las hermanas el cumplimiento de la regla y les concedía la facultad de recibir novicias.

La asistencia a los pobres y enfermos y la enseñanza de las niñas se iban dibujando poco a poco como los fines primordiales del instituto fundado por la Madre Janer, ya que tanto ella como el obispo Caixal consideraban prioritarios estos campos de acción. Ambos dedicaron sus esfuerzos a conseguir que las hermanas obtuvieran la titulación oficial y ganaran las plazas de maestras de los pueblos de la diócesis.

La expansión y la vitalidad del instituto fundado por la Sierva de Dios se vio frenada por las repercusiones de los acontecimientos históricos ocurridos desde finales de la década de los sesenta y por la nueva orientación que el P. Manyanet quiso darle.

Después de la expulsión de las hermanas del convento de Santo Domingo y del hospital de Urgell en 1869, no tenemos demasiadas noticias sobre la Sierva de Dios. Sabemos que en 1872 estaba en Cervera y que era considerada como la "Madre Priora" del instituto.

Seguramente estuvo también algún tiempo en Talarn y definitivamente la encontramos en el asilo de Sant Andreu de Palomar sirviendo a los pobres y participando en los actos de vestición y profesión que se celebraban en el noviciado creado por el P. Manyanet en esa localidad barcelonesa, en los cuales se le reservaba el sitio de honor, correspondiente a la superiora general, en la capilla y en la mesa.

A los conflictos disciplinares ya indicados se sumaron los de índole económica. Este agravamiento de los problemas desencadenó la intervención del obispo Caixal que, desde Roma, ordenaba a mosén Juan Bautista Grau que efectuase una visita a las casas de Sant Andreu para ver en que situación se encontraba el instituto de Hijas de la Sagrada Familia. El prelado no pudo fallar el resultado de esta visita, efectuada en septiembre de 1878, porque se produjo el nombramiento de administrador apostólico de Urgell en la persona de don Salvador Casañas.

Esta primera visita del canónigo Grau fue seguida por la visita canónica que monseñor Casañas dispuso se efectuara a todas las comunidades del instituto fundado por la Sierva de Dios, con el consentimiento de los ordinarios de las diócesis donde el instituto tenía casas y delegando para ello al P. Francisco Aguilera de la Compañía de Jesús.

Según la tradición, cuando el P. Aguilera se entrevistó con la Sierva de Dios y le preguntó como es que había permitido tanto desorden en su instituto, ella le respondió sencillamente que no le consultaban. Esta etapa de la vida de la Madre Janer se caracteriza por su discreción y silencio, *su distanciamiento de las tensiones vividas en el interior del instituto y por su actitud de obediencia a las autoridades eclesíásticas.*

La adecuación a la disciplina de la iglesia según las normas para los nuevos institutos surgidos en el siglo XIX y el reconocimiento formal de la autoridad de la Sierva de Dios por sus hermanas serán las notas distintivas de este periodo de la vida de la Madre Janer.

En el primer capítulo general del instituto celebrado en Talarn, en marzo de 1880, con la participación de las superiores de todas las comunidades y las que habían sido superiores de La Granadella, del noviciado de Sant Andreu y la propia Madre Janer, fue elegida superiora general la Sierva de Dios.

Elegida superiora general del instituto, la Madre Janer pasó del servicio atento y desinteresado a los asilados de Sant Andreu *al servicio no menos atento ni desinteresado para con sus hermanas.*

El último periodo de la vida de la Sierva de Dios se distingue por la intensidad de sus relaciones: con el Señor, en la oración personal y comunitaria, y con sus hermanas, alumnas del colegio y amigos de la casa de Talarn. Estos contactos se hicieron más frecuentes cuando dejó de ser superiora general del instituto en 1883.

A pesar de sus limitaciones físicas, que se acentuaron a partir de 1881, *la Madre Janer se mostraba siempre a punto para participar en los actos comunitarios*, sobre todo en los momentos en que la comunidad de Talarn se reunía para orar y para compartir experiencias.

Parece que la Madre Ana María Janer quisiera dejar constancia de los momentos de su historia personal que habían dejado en ella una huella imborrable y sus hermanas de comunidad, especialmente las más jóvenes y las novicias, así como las colegialas gustaban de oír de sus labios esos recuerdos. La persecución que sufrió en Cervera al ser considerada carlista, su servicio en los hospitales de campaña o su exilio en Francia eran algunos de sus temas preferidos.

En 1883 la Sierva de Dios convocó el II Capítulo General del Instituto, esta vez celebrado en el hospital de La Seu d'Urgell. Ella no pudo asistir personalmente debido a su avanzada edad y a sus achaques, pero sí que hizo llegar puntualmente a monseñor Casañas su voto. El 19 de marzo se procedió a la elección del nuevo gobierno general del instituto y la Sierva de Dios resultó elegida por mayoría absoluta para el cargo de primera consejera y admonitora.

Hasta ocho días antes de su muerte, La Madre Janer seguía participando de los momentos de oración comunitaria de la casa noviciado de Talarn, pero su enfermedad reumática nerviosa se iba agudizando.

Hasta el final de su vida, la Madre Janer dedicó sus energías gastadas a consolar a sus hermanas, como en el caso de la que hacía poco había perdido su madre.

Acercándose el momento de la muerte, La Madre Janer pidió al capellán de la casa morir en el suelo como penitente por amor a Cristo. Expresaba así su deseo final de parecerse un poco más a ese Jesús que durante toda su vida había servido en la persona de los pobres y afligidos.

UNA EXPERIENCIA FUNDANTE DE COMUNIÓN

La Sierva de Dios ama al prójimo porque se siente amada por Dios

A luz del amor de Dios que Ana María Janer descubre, cultiva y gusta ya desde su infancia debe leerse toda su vida de consagración a la caridad en el servicio al enfermo y al pobre. Porque se ha sentido amada primero, la joven Ana María ingresa en el hospital de Cervera y sus padres, aun sintiendo su marcha, hacen oblación al Señor de su hija Ana María por amor de Dios, según lo consigna Madre Oriol Isern en su biografía: "Inundado del amor de Dios el corazón de esos venturosos padres, inmoláronse en aras del sacrificio al desprenderse de ella" (ISERN, p. 14).

La Madre Janer se siente de tal modo amada por Dios que su respuesta no puede ser otra que la de amar al prójimo necesitado como ella es amada por el Señor. De este modo lo expresa el P. Juan Gabernet, biógrafo de la Sierva Dios, en un artículo que firma con pseudónimo: "Ana María querrá practicar las obras de misericordia corporal y espiritual, porque

Dios misericordioso quiere que también lo sean sus hijos. Dios con nosotros, nosotros con nuestros hermanos. Cuando a una persona se le mete esto en la cabeza y le baja al corazón, pensad que trabajará de verdad en este mundo. ¿Quién la separará de la caridad de Cristo? Querrá amar, como ella es amada" (O. SEGRÍA, *La bona sal*, en "Perseverancia", marzo de 1976).

A lo largo de toda la vida de la Sierva de Dios encontramos pruebas de su amor incondicional e irresistible al prójimo, el mismo amor con el que ella se siente amada por Dios:

- Amará como ella es amada por Dios a los enfermos apestados y desahuciados en los hospitales de Cervera y de La Seu d'Urgell.

- Amará como ella es amada por Dios a los combatientes moribundos liberales o carlistas, sin distinción de bandos, de la primera guerra carlista en los hospitales de campaña del Berguedá y del Solsonés.

- Amará como ella es amada por Dios a los huérfanos, jóvenes incapacitados y ancianos albergados en la Casa de Misericordia de Cervera y en el asilo de Sant Andreu de Palomar.

- Amará como ella es amada por Dios a las niñas de los pueblecitos de la diócesis de Urgell a las que procurará una buena educación.

- Amará como ella es amada por Dios a los superiores eclesiásticos que parecen tener otros planes sobre su vida y su instituto.

- Amará como ella es amada por Dios a sus hermanas a lo largo de toda su vida religiosa, a pesar del olvido, siendo para ellas amiga, compañera y madre.

El misterio del Verbo encarnado que vive en el seno de la Sagrada Familia.

La espiritualidad del Verbo encarnado está presente a lo largo de toda la vida de la Sierva de Dios.

Desde su adolescencia, Ana María se ejercita en descubrir a Cristo en los enfermos que visita casi a diario en el hospital de Castelltort de Cervera; y *lo hace de la mano de las hermanas de la caridad que atendían ese establecimiento*, con lo cual la Madre Janer entraba ya en contacto con la finalidad principal de la hermandad de Cervera, expresada en el capítulo I de la regla de vida de dicha comunidad: "Mirar en ellos -en los enfermos- la misma persona del Señor". Para ello, las hermanas debían considerar el cuidado, servicio, aseo y consuelo a los enfermos como un acto de devoción (cfr. *Reglas para el Instituto de las Hijas de la Caridad, fundado en el Santo Hospital de Cervera, en 1805*, pp. 2, 17).

La Sierva de Dios, desde su entrada en el hospital de Cervera para consagrarse a Dios en el servicio a los pobres *entre las hermanas de la caridad*, se ejercitará de tal modo en la práctica de ese ejercicio cotidiano de devoción que para ella resultará natural reconocer al Señor en el prójimo más necesitado. Así pues, el amor a Jesucristo marcará toda su vida. En las situaciones más miserables y dolorosas, *los ojos y el corazón de la Madre Janer contemplarán el misterio del Verbo encarnado presente en la humanidad concreta de los enfermos, pobres, exiliados, huérfanos, heridos de guerra, niñas o hermanas* (Mt 25, 31-43). En estas personas necesitadas ve la presencia de Jesucristo y por ello se entrega a su total servicio.

Hacia el final de su vida, cuando el instituto toma el nombre de congregación de la Sagrada Familia (1874), la devoción de la Sierva de Dios a Jesucristo se extiende a la Sagrada Familia, donde el Hijo de Dios "se hizo carne y puso su morada entre nosotros" (Jn 1, 14).

La Madre Janer ama recordar a la Sagrada Familia de Nazaret. La Sagrada Familia va a ocupar un lugar devocional significativo desde aquel momento en la vida del instituto.

Son diversos los testigos del proceso informativo que refieren la devoción de la Madre Janer a la Sagrada Familia en relación, casi siempre, a la práctica de la virtud de la humildad:

- Madre Amparo Duró, testigo n. 1, manifiesta: "su devoción a la Sagrada Familia le hacía repetir con mucha frecuencia, a sus Religiosas: "Imitemos las virtudes de Jesús, María y José". Y se hacía eco de la recomendación de nuestro Padre, el Obispo Caixal, quien decía: "Pasemos muchas horas, en la humilde casita de Nazaret" (P.O., ff. 48v.-49r.).

- Madre Angélica Feliubadaló, testigo n. 7, también declara: "En sus pláticas inculcaba la humildad y mortificación, para mejor asemejarse a Jesucristo. Profesó especial devoción a la Sagrada Familia" (P.O., f. 83v.).

Entre los consejos y las enseñanzas de la Madre Janer que han llegado hasta nosotros, gracias a la recopilación publicada en la biografía escrita por Madre Josefa Oriol Isern, encontramos éste en el que la Sierva de Dios recomienda a sus religiosas que contemplen a Jesucristo durante su vida oculta en Nazaret para aprender de Él la humildad: "A las que notaba defectuosas en la humildad, les decía: "Oh, miren bien el modelo de Jesús en la Casa de Nazareth: penétrense bien" (ISERN, p. 122).

Este consejo nacía de la propia experiencia de la Sierva de Dios durante los años en que se vio relegada en el instituto (1874-1879). En la época de su peculiar vida oculta, en el servicio callado y amoroso a los asilados de Sant Andreu de Palomar, la Madre Ana María Janer había tenido la oportunidad de meditar y de hacer suyas las virtudes de Jesús en la casa de Nazaret, especialmente la humildad.

EL ARDUO CAMINO DE CRECER EN LA COMUNIÓN

La espiritualidad del Verbo encarnado está presente y domina la vida espiritual y la práctica de las virtudes de la Sierva de Dios en grado heroico a lo largo de toda su vida. Precisamente por ello, la Madre Ana María Janer se consagra ya desde joven al servicio total de las personas más débiles, enfermos y necesitados de la sociedad, en los que ve reflejado el "rostro del Dios viviente", "gloria Dei vivens homo", como escribe san Ireneo (S. IRENEO, *Adversus Haereses*, cfr. en L. 4, 20, 5-7: SC 100, 640-642, 644-648). "Por eso Dios requiere de los hombres que lo sirvan, para beneficiar a los que perseveran en su servicio, ya que Dios es bueno y misericordioso. Pues en la misma medida en que Dios no carece de nada, el hombre se halla indigente de la comunión con Dios. En esto consiste precisamente la gloria del hombre, en perseverar y permanecer en el servicio de Dios" (*ibid*, cfr. en L. 4, 13, 4-14, 1: SC 100, 534-540).

La madre Janer se siente llamada a servir más en concreto y de manera continua, y a veces heroica, a estas personas y a entregarse a su total servicio por amor a Dios, *mediante el ejercicio de la caridad y el don de la propia vida. Esta experiencia y esta dimensión espiritual constituyen la clave de interpretación de toda su existencia.* Así lo destacaba el obispo de Solsona, don Miquel Moncada, en una homilía pronunciada durante la celebración del centenario de la muerte de la Sierva de Dios (1985):

"En la vida de Ana María Janer encontramos muchas posibles llamadas de Jesús. Una de éstas, para mí, es el Hospital de Castelltort de Cervera, de tanta historia para nosotros. Vio aquí gente que moría de hambre, y de frío, y de soledad. ¡Una llamada de Dios! Vio enfermos en el Hospital que estaban pasando también dificultades: la fiebre amarilla, la viruela, tifus, los incendios del Hospital...Vio de cerca a los niños huérfanos y pobres. Se encontró con los heridos en la guerra y los curó. Se encontró con los analfabetos rurales, -el hambre cultural de un pueblo-. Son llamadas de Dios" (Homilía *del obispo de Solsona*, Cervera, 14 de abril de 1985, en *Información general*, julio, 1985, n. 1 1, pp. 6-1 0).

A propósito del perfil espiritual de la Sierva de Dios, nos remitimos a la síntesis efectuada por uno de sus biógrafos, el monje benedictino P. Cebriá Baraut: "La espiritualidad de la Fundadora del Instituto de la Sagrada Familia se distingue a la vez por su solidez y una gran simplicidad. La búsqueda de Dios y el cumplimiento de su voluntad constituye el eje central de la misma. Auténticamente enamorada de Jesucristo fue éste el divino modelo que durante toda su existencia se afanó por imitar. Profesaba, desde su niñez, una devoción tiernísima a la Virgen María, y distinguió también con una veneración especial al patriarca San José. La oración, la frecuente recepción de los sacramentos, en particular de la sagrada Eucaristía, el examen de conciencia y la dirección espiritual fueron sus medios predilectos de santificación y que más insistentemente recomendó siempre a sus religiosas. Sobresalió en las virtudes de humildad, pobreza y obediencia filial a la Iglesia y a sus representantes. Amó la penitencia y el sacrificio. A juicio de su director espiritual conservó incólume la gracia del bautismo. Su vida

entera estuvo consagrada al servicio de Dios y del prójimo en la persona de los pobres, de los enfermos y de los niños. A semejanza del Señor pasó por este mundo haciendo el bien a todos, y por ello su nombre será siempre recordado y bendecido sobre la tierra" (BARAUT, p. 13).

Si nos acercamos a la figura humana de la Madre Janer, según el testimonio de los que la conocieron, nos encontramos con una mujer respetable, sencilla, modesta y natural, que llamaba la atención por la claridad y la finura de sus palabras. Una mujer de carácter emprendedor y decidido matizado por su formalidad, tranquilidad y transparencia.

Así nos la describe su biógrafa Madre Josefa Oriol Isern: "Su conjunto era como de matrona, respetable, envuelta en sencillez y modestia, naturalidad, y sus palabras parecían bajadas del cielo; su pronunciación y acento eran correctísimos y llamaba la atención la claridad y finura de palabras con que se producía, aún en sus conversaciones privadas. Su espíritu era agudo, penetrante y listo, así como tranquilo. Jamás ponía temores ni escrúpulos a nadie. Carácter formal, jamás doble ni presuntuoso" (ISERN, P. 136).

En los primeros testimonios escritos conocidos sobre la Madre Janer, se refieren ya las virtudes más eminentes que practicó la Sierva de Dios.

Así, en la primera *Reseña histórica* del instituto (1910), escrita por Madre Carmen Surroca que recabó sus noticias de labios de varias hermanas que habían conocido a la Sierva de Dios se destacan: su heroica abnegación en el hospital de Berga durante la primera guerra carlista, la diligencia mostrada en la fundación del instituto en 1859, la observancia y el espíritu de sacrificio llevados hasta el heroísmo, además de una clara inteligencia, dotes de gobierno y "grandes tesoros de bondad" (cfr. C. SURROCA, *Reseña histórica del Instituto de la Sagrada Familia*, Barcelona, 1910: orig., AHSFU, pp. 17, 18, 21 y 34).

En un opúsculo publicado en 1925 sobre la historia del instituto, escrito por Madre Emmanuela Azorín, se refiere el "rico patrimonio de virtuosos ejemplos de observancia regular, acendrada piedad, abnegación continua e inagotable caridad" de la Madre Janer (cfr. M. AZORIN, *Congregación de Religiosas de la Sagrada Familia*, Barcelona, 1925, p. 20). La misma autora escribió diez años más tarde el *Álbum conmemorativo del Instituto* con motivo de los 75 años de su fundación. En esta reseña se propone a la Madre Janer como ejemplo de sólidas virtudes y, entre las más loables, además de las ya destacadas en la reseña de 1910, se subrayan las siguientes: la caridad, las dotes de gobierno, el heroico sacrificio, la prudencia, la magnanimidad y la abnegación (cfr. ALC, pp. 53-54, 75, 85, 116, 158).

En la primera biografía de la Sierva de Dios, escrita por Madre Josefa Oriol Isern y publicada en 1928 se recogen numerosos testimonios que atestiguan sobre la vida virtuosa de la Madre Janer.

Reproducimos el de la Madre Montserrat Massanés, sucesora de la Sierva de Dios en el cargo de superiora general del instituto (1883), que convivió con ella en los últimos años de vida: "La Rdma. M. Ana María Janer era de alma noble y de corazón magnánimo, con su carácter dulce y atractivo. Fue dotada de muy buen espíritu, muy observante de las santas Reglas Constitucionales, humilde, mortificada, amante de la santa pobreza, de la obediencia, pureza y mortificación. Era dada a la oración, sumisa a los Superiores y caritativa con sus hijas y demás. Poseía el don de gobierno, siendo firme en sus disposiciones; cuando lo reclamaba la mayor gloria de Dios, sin que la acobardasen las contrariedades, porque ponía toda su confianza en Dios. En fin, se la veía siempre con un aire de modestia y compostura, edificando con su trato religioso, su paciencia y conversación provechosa y amena. - Esto es lo que puede decir de nuestra malograda y respetable Madre, la que por mucho tiempo tuvo la dicha de ser su hija. -Rubricado.- (Creu Alta) Sabadell, 11 de junio de 1915" (ISERN, P. 144).

A continuación, referimos lo que aportan los diversos testigos del proceso ordinario sobre la práctica de las virtudes por parte de la Sierva de Dios:

- La señora Mercedes Baulies, testigo n. 2, recuerda lo que había oído contar a su madre, que había conocido a la Madre Janer, sobre el carácter emprendedor y enérgico de ésta: "Recuerdo haber oído referir a mi madre, que en gloria esté, la cual había conocido y tratado a la Sierva de Dios, Ana Marla Janer, que ésta era una "mujer varonil", esto es, emprendedora y decidida, y además, una santa religiosa, muy buena. Mi madre, además,

había recogido de su padre, el Sr. Manuel Ferrer, médico de Talarn, que la Sierva de Dios llamaba la atención por sus virtudes y por su carácter emprendedor" (P.O., ff. 55r.-55v.).

- Madre Amparo Duró, testigo n. 1, apela a la tradición del instituto para afirmar que tanto el obispo José Caixal como monseñor Salvador Casañas consideraban a la Madre Janer modelo de todas las virtudes: "La fama es, que la Sierva de Dios, no había perdido, la inocencia bautismal. Puedo aducir el aserto del Dr. Caixal, Padre Espiritual de la Sierva de Dios, al decir: que ésta, le parecía, no había perdido la inocencia bautismal; y el Dr. Casañas, cuando recomendaba a las Hijas, Religiosas de la Sierva de Dios, que imitaran las virtudes de ésta, que era modelo de todas" (P.O., ff. 47v.-48r.).

También reportan estos juicios Madre Nieves Mor, testigo n. 8 y madre Asunción de Guillén, testigo en el proceso rogatorio de Buenos Aires.

Algunos testimonios destacan cómo la ejemplaridad de las virtudes de la Madre Janer fundamenta su fama de santidad:

-Así, Madre Angélica Feliubadaló, testigo n. 7, declara: "Yo no conocí, repito, a la Sierva de Dios, mas tengo por cierto lo que acabo de referir, por haber oído a las Madres que la trataron, y así puedo asegurar que goza de fama de santidad, que se ha formado por la ejemplaridad de sus virtudes, y esta fama es general en el Instituto" (P.O., ff. 76v.-77v.). ,

- Madre María Elisa Marqués, testigo n. 16, hace hincapié en que la Sierva de Dios es ejemplo para las religiosas del instituto: "Esta fama ha persistido y persiste en nuestros días, siendo frecuente evocar el recuerdo de las virtudes y espíritu de la Sierva de Dios, como estímulo y ejemplaridad de nuestra vida religiosa" (P.O., ff. 135r.135v.).

-Por su parte, Madre María Dorotea Vives, testigo, n. 17, corrobora: "En mi opinión, la Sierva de Dios Ana María Janer es una verdadera santa, sobresaliendo en todas las virtudes. Me he formado esta opinión, al escuchar los relatos que acerca de la Sierva de Dios, oía a algunas religiosas, que habían convivido con ella" (P.O., ff. 139v.-140r.).

Otros testigos concretan cuáles son las virtudes más eminentes practicadas por la Madre Janer:

- Para Madre Plácida Ramonet, testigo n. 3, la Sierva de Dios es sobre todo modelo de observancia: "Acerca de la vida de la Sierva de Dios, siempre he oído decir, en nuestra Congregación, que era sumamente observante, sin que jamás permitiera excusarse de los actos de regla, ni distinguirse del común de las religiosas, ni en la comida, ni en nada. Dentro de la Capilla, no consentía se la distrajera para nada, y si era necesario comunicarle algo, tenía encargado que la llamaran, para salir, mediante una leve señal. Mostraba su espíritu de mortificación, permaneciendo de rodillas en la Capilla, sin apoyarse. Recuerdo, que mi Maestra de Novicias, nos insistía mucho en recomendar la observancia y apoyaba su recomendación en que nuestra Fundadora, la Sierva de Dios, había sido un gran modelo de observancia" (P.O., ff. 59v.-60r.).

-Según Madre Josefa Oriol Masip, testigo n. 9, ya desde pequeña la Madre Janer era ejemplo de piedad y formalidad entre sus familiares: "He oído referir que los que conocieron a la Sierva de Dios siendo aún muy jovencita, veían en ella una cosa especial, que la distinguía de sus hermanos y demás de su edad, por su formalidad, piedad y buena índole. Me refería una sobrina de la Sierva de Dios, llamada Cristina Janer, de 88 años de edad, que en la familia, la jovencita Ana María Janer gozaba de prestigio por su seriedad, en términos que si los hermanos y primos querían salir, no les dejaban a no ser con la condición de que fueran acompañados por la Sierva de Dios. Dicha sobrina con una hermana mayor, recibieron cada una, una estampita que les regaló la Sierva de Dios y recuerda que su hermana mayor la conservó siempre, como un preciado recuerdo de persona en la que veían algo extraordinario" (P.O., ff. 93r.-94r.).

Pero es la práctica de la caridad, la virtud de la Sierva de Dios que consideran más sobresaliente numerosos testimonios:

- La señora Rosa Coll, testigo n. 6, esposa del jardinero de la casa de Talarn, que conoció personalmente a la Madre Janer, lo expresa de este modo: "En su trato, yo la encontré

siempre afable y humilde, sin manifestación de vanagloria. Era muy caritativa, y los pobres la tenían como tal" (P.O., ff. 71r.-71v.).

- Madre Natividad Sala, testigo n. 10, además de la caridad señala la ejemplaridad de la Sierva de Dios en la práctica de la humildad y de la mansedumbre: "Siempre oí decir que la Sierva de Dios se había ejercitado en la práctica de las virtudes, especialmente, en la caridad, mortificación, humildad y mansedumbre" (P.O., f. 105r.).

-Coincide en esta apreciación Madre Antonia Sambeat, testigo n. 14: "Sobresalió en la caridad y mortificación. Esta impresión es la que más vivamente ha quedado grabada en mí, por las referencias que he recogido del trato frecuente e íntimo, con Religiosas que convivieron con la Sierva de Dios" (P.O., ff. 124v.-125r.).

-También Madre María Cándida Carrillo, testigo en el proceso rogatorio de Buenos Aires, corrobora: "Se recordaban muy bien de la "Madre Ana" como la llamaban, como de una religiosa ejemplar, sobre todo, por su humildad y caridad" (P.O., ff. 273r.-273v.).

-Madre Angélica Feliubadaló, testigo n. 7, refiere la heroicidad de la caridad de la Madre Janer en favor de los combatientes heridos durante la primera guerra carlista: "Por lo que yo he recogido de las religiosas que convivieron con la Sierva de Dios Ana María Janer, tengo el convencimiento, que ésta fue verdadera heroína en las virtudes cristianas, especialmente en la caridad, que puso de manifiesto en la guerra civil, llamada de los Siete Años, en que se distinguió extraordinariamente, en la asistencia de heridos y enfermos de ambos bandos contendientes, sin miramientos humanos, impulsada únicamente por el amor a Dios y al prójimo" (P.O., ff. 76v.-77v.).

Finalmente, reportamos dos testigos que coinciden en señalar que la práctica de las virtudes de la Madre Janer causaba gran atractivo entre las niñas internas del colegio de Talarn, donde la Sierva de Dios pasó los últimos años de su vida.

-Madre Josefa Oriol Masip, testigo n. 9, manifiesta: "He hablado con dos señoras exalumnas de Talarn, que recordaban el embeleso de las niñas, al escuchar a la Sierva de Dios, a la que veneraban como santa" (P.O., ff. 98r.-99r.).

-A este respecto, Madre Mercedes Beca, testigo n. 12, confirma: "Una de las características de la Sierva de Dios, fue su afabilidad para con las alumnas. Las hijas de éstas, que luego han sido mis alumnas, me referían que sus mamás recordaban aún, la afabilidad de la Sierva de Dios, siendo ellas pensionistas de nuestro Colegio de Talarn. Decían que sentían un singular atractivo hacia ella. Para poder verla, fingían necesidad de salir de la clase en el momento que ella había de pasar por los corredores, llegando a establecer entre las alumnas como un turno, que les permitiera periódicamente verla y acercarse a ella" (P.O., ff. 117r.-117v.).

La Madre Ana María Janer vive en un siglo, como el XIX, plagado de lacras sociales causadas por las continuas guerras, los crecientes contrastes sociales, las desigualdades entre las clases y la pobreza creciente de muchos. Generalmente, el estado liberal se despreocupa de los más desafortunados. En esta situación dolorosa y dramática surgen en la Iglesia numerosas personas, especialmente mujeres, a través de las cuales la Iglesia presenta a Cristo a fieles e infieles en modos y situaciones diversas; a través de algunos y algunas "curando a los enfermos y pacientes y convirtiendo a los pecadores al buen camino, o bendiciendo a los niños y haciendo bien a todos, siempre, sin embargo, obediente a la voluntad del Padre que lo envió" (LG, n. 46). La Madre Janer es una de estas mujeres. Ella acoge a todos estos desgraciados y discriminados de la sociedad ofreciéndoles un hogar y la experiencia de la familia de Dios a través de su caridad y sus fundaciones.

"Dentro del siglo XIX, la vida de *la Madre Ana María Janer sabe toda a familia. A Sagrada Familia*. Ecos nazaretanos evidentes en la carpintería de Cervera, con un padre que se llama José. En un taller donde se ensambla maderas para ataúdes, hasta la muerte se hace familiar. El Hospital de Castelltort en que la joven entra religiosa, es igualmente una familia. Comunidades pequeñitas sin casi reglamentos, en que las cosas se hacen un poquito entre todas... Siendo tan pocas las Hermanas, son más hermanas aún. Entre tambores

bergadanes, suple ternuras maternas en enfermos y heridos. En la Misericordia de Cervera, los huerfanitos saben, sonriendo, si en Sor Ana María tienen o no una madre. Fundará en Seo de Urgel y dirá "Padre Obispo" en vez de Señor Obispo. Refugiará a las novicias y postulantes expulsadas por la revolución, en una Casa que bautizará de San José..." (MELENDRES, pp 625-626)

La templanza de la Madre Janer en las relaciones con sus hermanas

La Madre Janer tuvo la oportunidad de ejercitar la moderación y el dominio de sí misma en las relaciones con sus hermanas, especialmente en algunos casos difíciles. Recordemos algunos de ellos:

- Es el caso de aquella hermana del hospital de Cervera, sor Inés Sauret, que se niega a cumplir las disposiciones de la Sierva de Dios, que es superiora de la comunidad del hospital en 1832, y que hace caso omiso de las amonestaciones de las hermanas más veteranas, muestra hacia ellas desconsideración y falta de respeto. La Madre Janer no puede soportar este comportamiento y apoyada por el resto de hermanas pide al eclesiástico de Solsona, en dos ocasiones, que, sor Inés Sauret sea separada del hospital, pero lo hace, pidiendo encarecidamente que no se dé publicidad al asunto para evitar causar daños a dicha hermana desde su convencimiento de que debe siempre anteponerse el respeto a la dignidad de la persona humana ante cualquier medida a tomar.
- Es el caso de las hermanas que se niegan a abrazar las reglas reformadas en 1880, después de la reorganización del instituto. Ya hemos notado como la Sierva Dios hace todo lo posible para que estas religiosas acepten, pero ante su negativa no queda otro remedio que separarlas del instituto: "Apurados -como escribiré a una de ellas, madre Asunción Pujol- todos los medios de la prudencia y caridad han dictado para hacer que usted entendiera las actuales santas Reglas del Instituto y las aceptara" (cfr. *Oficio de la madre Janer a la madre Asunción Pujol*, Talarn, 27 de abril de 1881: copia, AGMHSFN).

El reconocimiento del espíritu materno, manso y paciente de la Madre Janer entre los que la trataron

Los testimonios de las personas que de uno u otro modo trataron a la Madre Janer coinciden en destacar su espíritu maternal, su mansedumbre y su paciencia heroica.

La Madre Josefa Oriol Isern recoge las declaraciones escritas de algunos de estos testimonios en su biografía:

- Así la describe mosén Francisco Roca, capellán de la casa noviciado de Talarn, que tuvo la oportunidad de seguir de cerca los últimos años de vida de la Sierva de Dios: "Vi en ella un tipo de Religiosa, modesta en su mirada, tan humilde en su conversación y en todo, que parecía una santita; la encontré cándida como una niña, parecía la más insignificante de la Religiosas, nunca había hecho cosa de provecho. Me explicaba todas sus cosas con una sencillez admirable" (ISERN, p. 141).
- Mosén Miguel Lledós que había asistido espiritualmente a las religiosas de Talarn desde 1875, se refiere con estas palabras a la Madre Janer: "Hace años que la conocí, y aunque entonces era relativamente joven, tenía ya, en su modo de hablar y andar pausado y tranquilo, un aspecto y porte en todo muy modesto y como de una santita que edificaba" (ISERN, p. 150).
- En cuanto a sus hermanas de instituto, la Madre Montserrat Massanés, que la sucedió en el cargo de superiora general, recuerda a la Sierva de Dios de este modo: "Se la veía siempre con un aire de modestia y de compostura, edificando con su trato religioso, su paciencia y conversación provechosa y amena" (ISERN, P. 144).
- Para la Madre Buenaventura Tragant, que la había tratado desde su noviciado en La Seu d'Urgell, era precisamente el corazón maternal de la Madre Janer aquello que más

admiraba de su personalidad: "Nuestra Fundadora, Rdma. Madre Ana María Janer, tenía un corazón eminentemente maternal, sabía prever y adivinar las necesidades de sus hijas con un tacto y delicadeza extraordinarios, de modo que algunas veces paseando en silencio y rezando el rosario se acercaba al oído de alguna que conocía no se encontraba muy bien y la hacía sentar, conjeturando que se molestaba de pasear. Otras veces, si conocía que una se sentía indispuesta, la preguntaba y la hacía acostar después de la cena; así era su caridad. Su conversación era agradabilísima, y su trato llano, sencillo y de un atractivo incomparable, sin distinción alguna de personas, tanto para los de casa como para los seglares; de manera que todos la rodeábamos en los recreos como pollitos a la gallina siendo nuestro mayor gusto estar pendientes de su voluntad, de su palabra y de su dirección, en tanto grado, que aun cuando no se me hubiese dado en recompensa otro cielo que el estar siempre al lado de tan buena Madre hubiérame tenido por dichosa y superabundantemente remunerada por los sacrificios de mi vida religiosa" (ISERN, PP. 146-147).

- La hermana Camila Riera, novicia en Talarn, destacaba también la acogida maternal que la Sierva de Dios dispensaba a las más jóvenes y sobre todo le llamaba la atención la coherencia de vida de la Madre Janer puesto que practicaba aquello que aconsejaba: "Era muy buena, y de todas se dejaba tratar. Las Novicias íbamos a su celda en algunos recreos y con frecuencia nos contaba cosas de penas, otras veces de gozo y despertaba en nosotras una santa cautela y nos decía: "Vosotras sois jóvenes, el mundo está mal, procurad sufrir por Jesús". Luego la Rda. M. Fundadora tomaba de todo, motivo para exhortarnos a saber padecer por Jesús: "Deben imitarle -nos decía- en su paciencia y humildad, en toda su vida. Amen la caridad, la santa pobreza y sean amables y pacíficas, todo por Dios. Sepan imitar a la Sagrada Familia". Tantos buenos consejos nos gustaban mucho, y como veíamos que practicaba cuanto nos enseñaba y aconsejaba la amábamos mucho" (ISERN, P. 150 y 153).

- La propia biógrafa Madre Oriol Isern, que conoció a la Sierva de Dios en Talam al entrar en el instituto, describe la primera impresión que le causó la Madre Janer: "Es una anciana respetable, y en las preguntas que me ha dirigido se descubre ya en el tono, ya en las maneras, algo más que esa madurez vulgar de los años; la prudencia y la bondad nacieron con ella y con ella se desarrollaron a la par de sus años". "Esa señora posee relevantes cualidades, y su conjunto hacen de ella una Madre muy digna" (ISERN, p. 154). Este primer impacto despertó en la Madre Oriol los deseos de conocer más a fondo a la madre fundadora que para ella era ejemplo de madurez: "A mis incesantes preguntas o pequeñas cuestiones que me permitía su maternal bondad proponerle, se me traslucía alguna vez lo pasado de su infancia o de su mocedad, y en él hallé siempre brillando la madurez y el sentido práctico, avalorados por esa gracia encantadora que se basa en la naturalidad espontánea y verdadera" (ISERN, PP. 156).

- La madre Dolores Ribera, que ingresó en el noviciado de Talarn en abril de 1881, además de referir el trato maternal de la Madre Janer para con sus hermanas recuerda las conversaciones que su padre mantenía con la Sierva de Dios: "La vi siempre amable y cariñosa con todas las Hermanas, guardando cuantas atenciones son permitidas dentro el estado religioso, incluso a las más jóvenes de la Comunidad. No desdecían tan relevantes dotes del talento y autoridad que manifestaba en todos sus actos. Ramón Ribera de Tárrega (padre de la que suscribe) tuvo largas conferencias con la Rdma. M. Janer, relatando hechos de la guerra civil, a la cual los dos habían servido, aquél con su fuerza, y ésta con su heroica caridad; quedando Ribera prendado de las bellísimas dotes de tan digna Madre" (ISERN, pp. 145 y 146).